

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

En la vida de la Beata Estefanía de Quinzani, dominica, se cuenta que vió en un elevado éxtasis, altísimas perfecciones en Dios, las cuales producían consuelo y paz en los Santos que las contemplaban. Junto a estas había otro abismo insondable de bondad y sabiduría a donde jamás había llegado pensamiento alguno ni de angel ni de hombre.

Cosa análoga sucede en la Sma. Virgen: todos los santos cantan sus prerrogativas, todos los contemplativos gozan de su bondad, todas las almas grandes descubren en María tesoros de hermosuras sobrehumanas, y sin embargo, aun quedan en esa Reina de misericordia abismos de grandeza que nadie vió. El Santo Evangelio, apesar de la brevedad con que nos habla de toda otra persona que no sea Jesucristo, en unas cuantas pinceladas solamente nos presenta a la Virgen purísima en la Encarnación, solícita en la aparición del Niño y llena de prudencia y fortaleza en la muerte de su Hijo. Mas luego que el Señor resucita, los autores sagrados nada nos dicen de los últimos años de María. No parece sino que la Divinidad triunfante del Salvador absorbió las facultades todas de los apóstoles y discípulos.

Pero la tradición que no es otra cosa que las ideas de los primeros fieles, testigos inmediatos de la vida de la Virgen, cristalizadas en los escritos de los Santos Padres, nos dan noticia bastante clara del fin de la vida de la Santísima Virgen.

Jerusalén, teatro de la pasión de Jesucristo, fué también testigo de sus primeros triunfos y más tarde contempló aborta la vida oculta de María. En esta ciudad deicida vivió la Sma. Virgen casi por espacio de veintitres años, dirigiendo a los apóstoles, enseñando a los doctores, consolando a los mártires y sirviendo de faro luminoso a la naci-

te Iglesia, Reino prometido al mundo por el divino Jesús. Su vivir entonces mejor aun que el Apostol podía decir que era Cristo. En El pensaba, con El se gozaba y pensando en El se derretía su corazón, suspirando siempre por verse ya con su Hijo Jesucristo en el Reino de su Padre. Cada aparición del Señor, las cuales eran frecuentísimas, la encendían en nuevos deseos de volar a El. Los ángeles la acompañaban visiblemente, le ayudaban en sus quehaceres ordinarios y sobre todo venían reverentes a entonar con ella las alabanzas del Señor. La grandeza de Dios, su bondad para con nosotros al crearnos, su sabiduría en redimirnos y su amor en permanecer con nosotros por los siglos de los siglos, eran para la Virgen materia de meditación continua, que cada día la inflamaban más y más en el amor de las cosas celestiales. Al fin subió tanto el amor de su casto corazón que, rebosando todo límite y no pudiendo aquella purísima alma soportar la vista del mundo de la materia, se despegó del cuerpo y voló al mundo de los espíritus.

Los discípulos y apóstoles del Señor, vinieron, no sin un milagro especial, a presenciar la muerte de su protectora y maestra. Se arrodillan todos en torno del lecho, María les consuela y los anima hasta el último momento, prometiéndoles ser más útil para ellos en el cielo que lo había sido en la tierra.

Entre lagrimas y sollozos, dieron, aquellas columnas de la Iglesia, sepultura al cuerpo de la Virgen. Durante tres días acudían por turno los discípulos para cantar junto al sepulcro las alabanzas del Señor, las cuales se mezclaban con los himnos de gloria entonados por los ángeles en el cielo, cuyo eco se dejaba sentir en aquel sagrado lugar. Entre los apóstoles Sto. Tomás no había tenido la dicha de presenciar la muerte de María. Vino poco después y los discípulos se apresuraron a contarle cuanto en ella había ocurrido; su corazón ardía en deseos de ver, aunque fuera muerto, el dulcísimo semblante de la Virgen y al fin pudieron tanto sus ruegos que hubieron de abrir el sepulcro para que el apostol saciase su curiosidad santa. Pero al levantar la lápida que lo cubría hallan los lienzos y vendas de la mortaja, mas el cuerpo no estaba en el sepulcro. ¿Qué había ocurrido? Los ángeles habían descendido acompañando al alma de su augusta Reina y luego que tomó su cuerpo glorificándole como el cuerpo de los bienaventura-

dos, la elevan triunfante más alta que el coro de los más encumbrados serafines.

Este era el triunfo reservado a la Virgen después de tantos dolores y de tantas angustias sufridas inocentemente en esta vida de destierro. Subió al cielo la Madre de Jesús acompañada de innumerables espíritus angélicos, los cuales llenos de celestial regocijo la presentaron ante el trono del Padre para que recibiese el premio debido a su vida, heroica bajo todos los conceptos.

L'ega al cielo y todos los bienaventurados reclaman, dice el V. Granada, el derecho que tienen de unir a su coro respectivo la persona de María. Los hombres dicen que a ellos pertenece, por ser del linaje de los hombres. Los ángeles dicen que a ellos pertenece porque aunque en la naturaleza fuese hombre, en la pureza de la vida fué más que ángel. Pues entre los hombres, las vírgenes la piden para sí porque fué guía y reina de las vírgenes. Los mártires la piden para sí porque fué más que mártir. Los apóstoles la piden para sí porque fué señora y maestra de los apóstoles y así todos los demás. A esto contesta el Hijo que convenía que la que fué singular en la vida lo fuese también en la gloria. Y así es colocada al lado de Jesucristo formando ella sola un coro más hermoso que el de las vírgenes, y más resplandeciente que el de los mártires, y de más gloria que el de los apóstoles y más alto y más noble que el de los ángeles.

Pues aquí es hoy colocada esta Señora- concluiremos con el P. Granada -aquí está, aquí reside, para gloria suya y gloria nuestra. A ella pues nos acojamos en todos nuestros trabajos, a ella oremos, a ella nos encomendemos, a ella tomemos por medianera para con el medianero. Al Padre roguemos por el Hijo, al Hijo por la Madre, para que por sus oraciones merecemos en este mundo la gracia y después la gloria.

FR. TOMÁS, O. P.



Entronización espiritual del S. Corazón.

«Charitas Christi urget nos»

Los lectores de LA VERDAD RELIGIOSA han venido regalando su espíritu, en números anteriores, con hermosas páginas saturadas de sabor bíblico, acerca de la «Entronización Espiritual», debidas a la p'uma del sabio y fervorosísimos autor de «Cuestiones Místicas» y «Evolución Mística» los dos libros modernos espirituales que en España más encantos y atractivos encierran para las almas que de v ras aspiran a la perfección, porque son sin disputa, lós que más luz arrojan sobre los caminos de Dios, para seguir como conviene al Cordero Inmaculado en sublimes ascensiones de virtud en virtud, hasta llegar felizmente a las cumbres del monte santo de Sión

A fin de que tan provechosa lectura no se vea interrumpida por ahora, vamos nosotros a comenzar otra serie de artículos acerca de la misma materia, confiados en el favor que el Divino Corazón nos dispensará para ello.

La «Entronización Espiritual» es la postrera finísima manifestación de amor del S. Corazón de Jesús a las almas. Empezó a darse a conocer en León la primavera del pasado año de 1916 ayer como si dijéramos. (Nueva distinción y timbre de gloria para esta noble ciudad, favorecida ya desde tiempo inmemorial con el singularísimo privilegio de la exposición perenne día y noche, de su Divina Majestad en el magnífico templo la R. Colegiata de San Isidoro).

Ni el alma a quien el Dulce Jesús en una de sus regaladas comunicaciones inspiró la Entronización que nos ocupa; ni tampoco la que sirvió de instrumento para darla a conocer a los demás; podían entrever el rapidísimo desarrollo que había de adquirir en tan corto espacio de tiempo. Poco más de un año ha transcurrido desde su aparición y sólo meses desde que empezó su propaganda fuera de León con alguna actividad; y sin embargo, podemos afirmar, gozosos y satisfechos que ha invadido ya a toda España de sorprendente manera y rebasando sus límites, ha llegado también al extranjero. Forzoso es pues confesar

que esta «Entronización» interior, como dice un gran Maestro de espíritu, es obra de Dios, y sobre ella está el dedo divino haciéndola servir de medio efficacísimo de renovar los corazones, y fomentar la vida interior. Así, añade, lo he podido comprobar en varias Comunidades donde una sola hojita bastó para producir un incendio...

También nosotros podríamos confirmar esto mismo con multitud de testimonios, algunos de los cuales son en extremo emocionantes y consoladores. Familias religiosas enteras, movidas por la fuerza misteriosa del amor divino, produjeron expansiones ardentísimas de piadoso entusiasmo a raíz de una sencilla plática. Y aquellas incoercibles expansiones de caridad han ido cristalizando poco a poco en los corazones; y en ellos se han levantado tronos del más puro y encendido amor, y en esos tronos basados en la caridad y embellecidos primorosamente por las otras virtudes, propias y ajenas conforme en las hojitas de propaganda se indica, ha tomado asiento Jesús Sacramentado como Rey inmortal de los siglos eternos... y entonces al oír proclamar solemne e irrevocablemente su divina realza más que con palabras y fórmulas estudiadas con sinceridad y encendidos afectos; al ver cómo aquellos corazones se le han consagrado para siempre con desprendimiento y generosidad admirables; al contemplarlos totalmente suyos ha debido exclamar gozosísimo y consolado: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres»...

Y después?... Preguntad vosotros lectores piadosos, a estas y otras almas que han gustado ya al Señor en la Entronización Espiritual o Eucarística, y ellas os darán cuenta como conviene de ese feliz *después*. Nosotros entre tanto solo diremos que a los momentos dichosos de la Entronización se siguen ríos de gracias, torrentes de alegría, sublimes aspiraciones, ansias de más íntima unión con el Amado, deseos y suspiros ardientes por un *mundo espiritual nuevo*, por una vida interior mejor...

Y es que el Divino Jesús galardona ese hermoso acto de generosidad suprema a la par que de desprendimiento del propio *yo* y de todas las cosas de la tierra, comunicando a las almas una luz superior a favor de la cual, conocen más claramente las bondades infinitas, los tesoros de amor y riquezas celestiales del Deífico Corazón para con los hombres y prendas de tan grandes bienes, sienten que el corazón se les dilata y el espíritu se les ensancha de maravi-

duciéndolas después si son fieles a la gracia, poco a poco a las alturas de la contemplación.

Y a vista de las suaves violencias que Jesús viene empleando en estos últimos tiempos para ganar el corazón rebelde de los hombres, no es para exclamar con el Apóstol: «*Charitas Christi urget nos*» la caridad de Cristo nos estrecha y apremia por doquiera?... Así es en efecto; porque ¿quién será capaz de reducir a cifras las pruebas de encendido amor que el Corazón Divino nos va dando ahora, y no pruebas como quiera sino muy singulares y de una fuerza de atracción subyugadora?...

Estamos presenciando los tiempos a que el Evangelista San Juan se refería en la respuesta que dió a la regalada y fidelísima esposa de Jesucristo, Santa Gertrudis, cuando se quejaba amorosamente de que este Apóstol, que tuvo la dicha de recostarse sobre el pecho del Maestro Divino, no nos hubiera declarado en su evangelio las cosas que allí conoció y aprendió profunda y distintamente. «El manifestar a la Iglesia los tesoros que el Eterno Padre depositó en este Corazón divinísimo, díjole el Santo Evangelista, está reservado para los tiempos futuros en los cuales oyendo los milagros de su amor, el mundo envejecido se remueve, encendiéndose su resfriada caridad en el fuego ardiente del amor divino».

Y disfrutando nosotros como disfrutamos de estos tesoros por los que la bendita Gertrudis suspiraba hace ya tantos siglos ¿no tenemos motivos poderosos para volver a repetir las citadas palabras de S. Pablo particularizándolas un poquito para que nos causen más profunda impresión diciendo: la caridad, el amor de Cristo *me* apremia, *me* contriñe y asedia de tal suerte que no me deja escape ni salida?...

Es cierto, certísimo que el Corazón amante de Jesús nos tiende cada día nuevas redes, nuevas cadenas de amor con que aprisionarnos, y no es la Entronización Espiritual la menos fuerte de esas cadenas; toda vez que a ella ha vinculado su misericordia, gracias señaladísimas que ponen de relieve los deseos vivísimos que tiene de conquistar corazones convirtiéndolos en tronos suyos y en moradas deliciosas de su soberana realeza.

Es manjar escogido «*cibus electus*» esa hermosa devoción, y por eso no pueden saborearlo todos los paladares igualmente pero las personas espirituales que conocen ya lo

que es la vida interior, fácilmente lograrán disponerse con aspiraciones constantes, con prácticas de mortificación, particularmente interior con el desasimiento de todo lo caduco y deleznable; para que vaciado el corazón de sí mismo y de todas las cosas de la tierra deje lugar y sitio al solio que debe ocupar el Rey del Cielo.

¡Dilatate aperire tanquam rosa fragrans mire! Dilataos, abríos, oh Corazón Divino como una rosa de maravillosa fragancia!... Con estas afectuosísimas palabras del melifluo Doctor San Bernardo pedía con tiernísima devoción cierto día, al tiempo de comulgar, el angelical V. Hoyos que se abriese y dilatase el Corazón de Jesús como fragantísima rosa, y cerrase dentro su pobre corazón, alma y espíritu. Pero Jesús Sacramentado repitióle estas mismas palabras y entonces vió con Bernardo que su corazón se dilataba y abría como una bellísima rosa encarnada, y que en todas sus hojas tenía escrito el dulcísimo nombre de Jesús». «Entró el amado Jesús en mi corazón, dice él, y luego se volvieron a juntar las hojas, quedando mi corazón como una rosa cerrada en su capullo»...

Así paga el Corazón Deífico a sus finos amantes aún acá en la tierra...

León y Julio de 1917.

ANIBAL GONZÁLEZ

Presbítero de la U. Apostólica.



JUSTO HOMENAJE

A mi gran Padre Santo Domingo.

¿Quién podrá cantarte, hijo de mi Patria,
lumbrera del siglo, sin desfallecer?

¿Qué lira en sus cuerdas resiste del Genio
toda la armonía sin enmudecer?

Sonrían los cielos, y gózate Patria;
Castilla la noble, la hidalga sin par,
hoy suelta a la brisa tus rubias guedejas
y cara al sol canta su himno triunfal.

Ninguno se admire de tal entusiasmo,
pues hoy ha nacido muy noble infanzón

con sangre guzmana que late en sus venas
y pecho de acero de hidalgo español.

Sonrían los cielos, y gózate Patria;
Castilla la noble, la hidalga sin par,
hoy suelta a la brisa tus rubias guedejas
y cara al sol canta su himno triunfal.

Nació en Caleruega cual blanca azucena
con toda su aroma de ciencia y virtud;
antorcha que emite fulgores divinos,
martillo al hereje, juglar de la Cruz.

Sonrían los cielos, y gózate Patria:
Castilla la noble, la hidalga sin par,
hoy suelta a la brisa tus rubias guedejas
y cara al sol canta su himno triunfal.

Tendía la noche sus alas corvinas
sin término a aurora, ni a luz de arrebol;
vendados los ojos el vicio reinaba
hasta que luz dándole el sol de Castilla
de errores y sombras la noche alumbró.

Sonrían los cielos, y gózate Patria;
Castilla la noble, la hidalga sin par,
hoy suelta a la brisa tus rubias guedejas
y cara al sol canta su himno triunfal.

Tizona, Domingo, fué siempre tu espada,
terror del hereje tú fuiste, Guzmán;
radiante la Estrella que al mundo guiaste
y en él enclavaste tu lema VERDAD.

FR. J. M. FONTENLA, O. P.

Salamanca, Julio de 1917.



EL DÍA DE LA PRENSA CATÓLICA

Ha juzgar por las primeras noticias recibidas, la celebración del *Día de la Buena Prensa*, en 1917, ha correspondido a las esperanzas anteriormente habidas. La sabia organización da-

da por El Emmo. Cardenal Almaraz, la permitirá vivir pujante en lo sucesivo.

Esta hermosa fiesta, ha sido desde sus principios, mirada por todos con cariño como el emblema y cristalización de una idea y de un sentimiento latente, en la inteligencia y en el corazón de todo buen cristiano. Por eso fué bendecida por el Papa, protegida por el Nuncio y secundada aún en sus pormenores por todos los prelados españoles y buenos católicos.

El día de la Prensa Católica, significa, por una parte, la pública ostentación de nuestras creencias religiosas y por otra una seria y eficaz protesta contra el vicio y el error que triunfante se pasea en la prensa impía, favorecido en gran parte por nosotros mismos.

El escritor católico, desde hace tiempo, viene realizando su misión salvadora; más veíase aislado sin el apoyo efficacísimo de aquellas sus hermanos que deben fecundizar y hacer productiva su labor. Desde hoy estos elementos dispersos se congregan, y estas fuerzas parciales se aunan para obrar sobre un mismo punto, a fin de que el resultado sea el apetecido. Escritores y lectores católicos, unánimes en sus creencias religiosas, vivirán unidos para prestarse el mutuo apoyo. Dándose cuenta de la capital importancia de la buena prensa, la recibirán con el cariño que se merece; y esto será el estímulo mejor que mueva al escritor al trabajo, y la recompensa más alagüeña de sus sudores.

Conocidos son de todos los funestísimos males que la prensa impía y sectaria está acarreando a tantos infelices. Es unánime el convencimiento de que por ella circula el veneno más activo que se conoce, y que es el arma más potente y destructora, que con la rapidez del rayo arroja miles y miles de mortíferos proyectiles hasta los más remotos y recónditos lugares. Merced al perfeccionamiento maravilloso de las artes gráficas, el libro, la revista y el diario, están al alcance de todo el que desee propagar las extravagancias de una imaginación loca y las atrocidades de un corazón corrompido. Y así vemos como en la prensa impía, llámese libro, folleto, revista o periódico, se estampan los más atroces absurdos, se ataca descarada y grotescamente las verdades más altas de la religión y los principios de la sana moral y del orden. Con la sátira, con el dogmatismo petulante y con las caricaturas e ilustraciones pornográficas e indecorosas, vendidas por arte, se va de una manera clara a la aniquilación de todo orden sobrenatural. Al vicio se le adorna con los más vistosos ropajes. Se oprime al virtuoso, y el criminal es ensalzado como un héroe. En cualquier ciencia tiénese en cuenta el parecer de los

sabios, solamente en lo tocante a la religión todos se creen competentes y autorizados para emitir sus extravagancias, negando o ridiculizando cuanto su ignorancia crasa en estas materias no pueda o quiera comprender.

¿Quién pondrá en tela de juicio que el indiferentismo religioso y esa falta de fe tan extendidas en nuestros días, obedece en su mayor parte a la prensa impía, que de mil maneras y de continuo las combate?

Antiguamente quizá hubiere más pecados que al presente; mas permanecía aún el principio de vida que daba esperanzas de un arrepentimiento y retorno final a Dios; pero ahora está conmovido este fundamento y sólo queda una desgarradora y desesperada duda de todo el orden sobrenatural.

La prensa atea y descreída ha logrado triunfar así del sabio como del ignorante. De aquél por la persistencia con que le es presentado el error a veces seductor, a veces dogmatizante y absolutista, que termina en todo caso por ofuscar la luz de su razón; y del ignorante, por la impotencia en que se halla para reaccionar contra ideas cuyo alcance desconoce.

No es posible en manera alguna, cuando no existe de por medio otro fin más alto que la frívola curiosidad, que podamos sustraernos a la acción continuada y perversa de la mala prensa.

¡Qué pena da ver a tantísimos católicos que se tiene por muy ilustrados y que en cierta manera lo son, y que en materias de religiosas están dominados por una ignorancia inconcebible, profesando las más ridículas y mezquinas ideas sobre Jesucristo y su Iglesia. No ha podido ser de otra manera; han desechado las sabias advertencias de los prudentes que los presentaron el peligro que corría su fe, asediada por tan potentes enemigos. En sus manos se ven a todas horas libros, revistas y periódicos que con la mayor perfidia sustentan ideas contrarias a la fe. Nada significan para ellos las censuras de la Iglesia, sabiamente puestas para precaver a tantísimos impotentes en contrarrestar estas ideas perversas. Así que no es extraño que sucumban en abismos de los que difícilmente saldrán, o que estén al borde del precipicio.

No solamente impera sobre el individuo, sino que también es poderosa para orientar a un pueblo y marcarle el rumbo que debe seguir; a su imperiosa voz la masa popular se lanza precipitada a la realización de empresas ficticias o reales. La opinión pública con frecuencia no es más que la manera de ver de unos cuantos; y bastaría que la prensa se uniera para formar las más encontradas opiniones en el pueblo según que sucesivamente se

le fuera mostrando aspectos reales o imaginarios de las cosas. Los que no piensan por cuenta propia son muchísimos más de los que ordinariamente se cree; ¡para qué molestarse!

La fiesta de la Buena Prensa, se ha propuesto hacer ver a los cristianos los inminentes peligros que corre su salvación sustentada por la prensa descreída, poniéndoles de manifiesto la necesidad de las buenas lecturas. Para ello se celebran veladas en todas las ciudades y pueblos más importantes de España; y se predicán miles de sermones en un día dado sobre este mismo asunto. Y como fiesta altamente cristiana que es se ha recurrido a Dios en demanda de especial ayuda, recibiendo millares de fieles la sagrada Comunión para impetrar socorro de Aquel, en cuyo nombre se trabaja. Con el objeto de lograr completamente el fin propuesto se ha establecido una *colecta*, a la cual debemos gustosos contribuir, pues con ello se favorece el mejoramiento de la buena prensa.

Fuera de la pequeña parte que se reserva para hacer filial obsequio al Papa en nombre de escritores católicos españoles, y otra menor aun que se resguarda para asegurar la celebración en años posteriores de esta fiesta, los diocesanos están encargados de repartir estas colectas entre los periódicos y revistas católicos de sus diócesis respectivos. Por nuestra parte opinamos que al ser obsequiados los periódicos y revistas deberían comprometerse a enviar gratis algunos números a los centros de lectura en que más inminente sea el peligro de la mala prensa.

He aquí lo que con esta fiesta se pretende.

Queda casi todo por hacer; lo principal por ahora es que los católicos se den cuenta cabal de lo comprometido que se hallan sus creencias religiosas con la asídua lectura de una prensa que por todos medios trata de destruirlas; y que reaccionen conotra ella favoreciendo en lo posible la buena para que en todos los aspectos pueda equiparse y superar a la impía. Se repite con frecuencia que el periódico católico no puede parangonarse con el acatólico. Quizá no falte razón en esto; ¿más no es culpa nuestra? ¿Cómo queremos que prospere si la quitamos nuestra indispensable ayuda la cual consiste en aumentarle suscripciones al paso que se las sustraemos a la mala prensa? Trabajemos siempre en este sentido y veremos coronados felizmente nuestros anhelos.

Descendiendo al terreno de la práctica surgen dificultades en esta empresa de no fácil solución. Es natural, pues se hallan

mezclados en este varios puntos no tan claros como pudiera creerse. Hay libros, folletos, revistas y periódicos que a todas luces propalan el error y la inmoralidad; son conocidos de la mayor parte, o al menos fáciles de conocer, más hay otros cuyo primordial objetivo parece ser el arte o el lucro, quedándose en lo tocante a la religión en un punto neutral, ¿qué decir de éstos? Bastará que un diario por ejemplo, se haya abstenido de formar parte de esta fiesta para calificarle en malo? Ciertamente que no, pues que varias otras causas pudieran haber motivado este proceder. No es posible, al menos en la práctica, dictar reglas absolutas. Lo acertado es guiarse por las normas diocesanas y no aventurarse a condenar y rechazar lo que los Obispos no condenen, y más acertado aún sería que hubiera conformidad en las condenas y que no se diera nunca el caso de estar prohibido en una diócesis un periódico que en otra puede leerse.

FR. ALIPIO ALONSO, O. P.

Salamanca, julio de 1917.



DE NUESTROS MISIONEROS DE AMERICA

UNA EXPEDICIÓN

El día 12 de Junio del año pasado de 1916, salió el P. Pio, de esta Misión, a hacer una expedición a los machigangas. Después de una navegación penosísima por los ríos Madre de Dios y Palotoa, durante diez días, y andando el día undécimo por espacio de seis horas metido en el agua y contra la corriente, se encontraron con un hombre completamente desnudo, dos mujeres vestidas de *pampanilla*—un trapo que traen ceñido desde la cintura hasta la rodilla—y una criatura de pocos meses. El salvaje traía, sobre sus hombros, un enorme canasto con plátanos para comer y palos de yuca para sembrar; una de las mujeres llevaba en una cesta no sé si una o dos gallinas y algunos huevos. Al parecer, iban a cambiar de domicilio.

Cuando se encontraron los salvajes con los expedicionarios, el hombre pretendió escaparse al monte. Los *pacales*—especie de cañas con pinchos largos y puntiagudos—de que están pobladas ambas orillas de aquel río, le impi-

dieron poner en práctica su intento. Uno de los muchachos que acompañaban al Padre, le dijo:

— No te huyas.

— No me mates.

— ¿Acaso venimos a mataros? Nosotros hemos venido con el objeto de haceros una visita. Mira, sino, si están las escopetas cargadas.

Con esto, se tranquilizó el salvaje, e invitados por el P. Pío, tanto él como las dos mujeres, a que le siguiesen, se vinieron en su compañía hasta donde habían dejado la canoa. En esta embarcación bajaron todo el Palotoa, acampando frente a la desembocadura de este río. Pasaron una pésima noche, temerosos de que se les huyeran los salvajes.

A la mañana del 24 de Junio, fecha en que la Iglesia celebraba la festividad de San Juan Bautista, se lanzaron río Madre de Dios abajo, llegando a esta Misión a las cuatro de la tarde del mismo día, empleando de bajada día y medio, cuando de surcada tardaron diez días.

Momentos antes de que arribaran a nuestro puerto, asomé al corredor y divisé una canoa que entraba a todo remar en la confluencia del Manu con el Madre de Dios. Un mudo presentimiento, que se apoderó de mí, me dió a entender que los expedicionarios regresaban con buen éxito. Fuí a toda prisa a la desembocadura, y poco antes de que llegara a ella, percibí en el Madre de Dios, los ruidos acompasados de los remos, que iban apagándose cuanto más nos alejábamos. Yo no veía a la embarcación, por haber de intermedio un platanal. No obstante, quise ver si acaso habían desembarcado en el Manu; pero la boca de este se hallaba en el mayor silencio. Volví la cabeza para regresar a casa, y observo que uno de los niños internos venía corriendo. Esto me acentuó más en mi sospecha. Cuando nos hicimos contradizos, me dice el niño: «Padre, acaba de llegar, el P. Pío, con cuatro machigangas» Esta noticia me llenó de inmensa alegría.

Vengo a la Casa-Misión y me encuentro en ella con el P. Pío y con los citados salvajes, los cuales estaban vestidos ya de civilizados, menos la criatura que traía la vestidura que le diera su madre, cuando la tuvo en sus entrañas. Acaricié a la niña—que, tal era la criatura—quien correspondió a mis caricias con inocentes risitas, como si me conociera desde hace algún tiempo.

No pasarán de veinte días todo el año, en los que se siente frío en estos países. Uno de estos días era este de San Juan. Tanto los salvajes como el Padre tiritaban de frío de tal manera, que este parecía estar poseído de baile de *San Víctor* y ni apenas comer podía.

Solamente un mes habitaron con nosotros. En la madrugada del 22 de Julio, fecha en que se cumplía un mes que habían venido al poder del P. Pío, se huyeron juntamente con un viejo machiganga a quien lograron seducir, y que hacía algún tiempo vivía con nosotros, sin que hayan vuelto hasta ahora, más que el último, que regresó, después de cinco días, arrepentido de la calaverada que había hecho.

Una de las cosas, que más desaniman al misionero de toda la zona amazónica, es la inconstancia de estas gentes, llevada hasta el grado extremo y la apatía para todo lo que concierne a progreso y civilización. Lleva a cabo el misionero una expedición a los sitios casi inaccesibles habitados por los salvajes, a costa de mil privaciones y sacrificios; logra hacerse con unos cuantos y regresa a casa. No debe echarse a dormir sobre los laureles conquistados; antes por el contrario, debe vigilarlos cuidadosamente y temer que el día menos pensado se levante por la mañana y se encuentre que los pájaros han volado y no sabe a donde. Como aquí no existen caminos, y, por otra parte, el salvaje es tan diestro en andar por estos laberintos de árboles y cien otras plantas, ya pueden ir siguiendo sus huellas unos cuantos hombres, que bien seguro está, que una vez en el bosque, no darán con él. Con la gente cauchera sucede otro tanto: corre la noticia, entre ellos que los Padres enseñan bien en poco tiempo, uno de ellos se anima a mandar a sus hijos, tras él se animan otros y como por ensalmo se multiplican los alumnos que es una bendición de Dios. De repente se esparce la voz de que los Padres no enseñen más que a rezar, que no damos de comer a los internos. o inventan una calumnia contra alguno de los misioneros, y uno tras otro vienen en busca de sus hijos, cuando todavía no han asistido, algunos, de ellos a la escuela un mes escaso.

La dispersión de los muchachos me cogió cuando aun estaba el P. Pío, conmigo. Gracias a esta coincidencia nos consolábamos mutuamente haciéndonos más llevadero

el percance. La huída de los cuatro salvajes traídos desde el Palotoa aconteció estando yo sólo con Fr. Emilio.

Si el misionero está penetrado de la importancia de su misión, no se busca a sí mismo y si la gloria de Dios y la salvación de las almas, naturalmente le causarán honda pena estos contratiempos; pero jamás le turbarán de tal suerte que le entre el desaliento de abandonar el campo de las Misiones; antes bien, cuanto más probado se vé por el Señor, tanto más calma siente en su espíritu y más aferrado está a su vocación.

FR. VICENTE DE CENITAGOGA,

Misionero Dominicó.

San Luis de Manu, 18 de Febrero de 1917.



LAS CATAACUMBAS DE ROMA

Si Roma es considerada como la ciudad de los recuerdos y monumentos antiguos, tanto cristianos como paganos, ninguno de éstos, puede asegurarse, es tenido por más santo e importante para el cristiano como lo que llamamos *Catacumbas*.

Cuando el viajero entra en la ciudad eterna, ningún monumento de la antigüedad atrae tanto su atención religiosa ni emociona tan honda y santamente su alma cristiana, como estos subterráneos de las Catacumbas, que existen en Roma desde los primeros años del Cristianismo. Ellas ejercen en nuestro corazón la virtud de un imán, que atraen a los fieles para que veneren en sus criptas la fe que profesan; al sacerdote, para que celebre el Sacrificio incruento encima de un sarcófago o sepulcro que contiene los huesos de un mártir de Cristo; al sabio católico, para que compruebe en las paredes de sus galerías subterráneas y en los mármoles de sus sepúlcros la existencia primitiva de los dogmas de nuestra sacrosanta religión; atrae, en fin, a todos los cristianos, porque en medio de la obscuridad de aquellos callejones brilla la fe de la primitiva Iglesia; porque se ve grabada en muros de arcilla y en pedazos de piedras la memoria de tantos ilustres mártires que derrama-

ron su sangre por confesar su fe divina en Jesucristo, nuestro Señor, y se veneran los sepúlcros de los fundadores de la Iglesia, de los Santos del Cristianismo y se perciben los effluvios suaves y consoladores de sus sacratísimos cuerpos.

Las catacumbas eran los cementerios de los primeros cristianos, donde daban sepultura a sus hermanos difuntos, sin distinción de rango y estado, si se exceptúan los mártires, cuyas tumbas estaban siempre rodeadas de un honor especial y eran objeto de culto religioso. Estos cementerios se hallan situados fuera de las murallas de Roma. Consisten en subterráneos excavados en forma de corredores o galerías, en donde a derecha e izquierda se encuentran nichos y cámaras sepulcrales, conteniendo los restos de los cristianos difuntos. A las galerías rectilíneas, se cruzan a veces algunas transversales, todas como las primeras, estrechas, de un metro a metro y medio de ancho; la longitud en algunas es verdaderamente prodigiosa, siéndole a uno imposible recorrerlas sin un guía experto; de lo contrario se expone el viajero a extraviarse y a perder su existencia en aquellos laberintos interminables, como cuentan que sucedió a algunos imprudentes.

En las paredes de las galerías están abiertos los nichos, en su forma oblongos, horizontales, estrechos junto a los pies, más anchos en la parte de la cabeza. Una piedra de mármol o unos sencillos ladrillos cubrían los tales sepúlcros. Encima léense inscripciones en griego o en latín, muy lacónicas, que recuerdan el nombre del difunto y su vida cristiana. A veces añadían una imágen simbólica o alguna idea religiosa, que es precisamente donde hoy ve el teólogo y el historiador y el apologista católico las costumbres de los primeros fieles, sus esperanzas, su fe, su piedad, etc. En pocas palabras nos dicen muchas dichas inscripciones. Frecuentemente terminan con estas frases: *La paz sea contigo, vivas en el Señor, vivas en Cristo Dios; in nomine Dei, in nomine Christi, in nomine Spiritus Sancti.* Frases que prueban la creencia de los primeros cristianos en la vida futura y en la Stma. Trinidad. Como estas se encuentran otras inscripciones que manifiestan bien a las claras la fe en otros dogmas.

De cuando en cuando se ven en los corredores ciertas *cámaras sepulcrales*, especie de Iglesias en miniatura, donde estaba sepultado algún mártir célebre, alrededor de cu-

ya tumba se congregaban los fieles en unión con los Presbíteros y el Obispo o Pontífice para celebrar los santos misterios, para comulgar el pan eucarístico, oír la divina palabra, cantar alabanzas al Señor y a sus Santos, honrar a los mártires con fiestas y procesiones en el aniversario de su nacimiento o de su muerte (1).

Debido a esta piedad, las Catacumbas fueron siempre para los primeros cristianos como su Iglesia, a la vez que lugar de refugio en tiempo de persecución. Pero de grado, por esto mismo, les fué prohibido por la autoridad de los Emperadores las reuniones religiosas y la entrada en las Catacumbas. De aquí resultó el abandono de las mismas, abandono que se aumentó cuando dejaron de enterrarse en ellas, por gozar ya en tiempo de Constantino de la libertad de otras religiones. Más tarde, el saqueo de Roma por Alarico, fué causa de que dejaran de ser Cementerios para convertirse en santuarios piadosos, donde se conservaba el culto a los santos mártires.

Pero aun esto mismo, no obstante los esfuerzos de los Romanos Pontífices, vino a caer en olvido, aunque no del todo, después de las varias irrupciones de los Godos y Lombardos, que asquearon y devastaron las sepulturas de los cristianos. En este olvido y en esta desolación permanecieron todas las Catacumbas, si se exceptúan las de San Sebastián, hasta que Bosio y el dominico español en el siglo XVI, y De Rossi en el XIX llevaron a feliz término una completa revelación de la mayor parte de ellas y de las interesantes enseñanzas que se aprenden en el seno de sus criptas.

Debido a estos descubrimientos de Rossi y de Marucchi, que tanto interesan a la apología y a la piedad cristianas, han vuelto a ser estos cementerios subterráneos objeto de una veneración especial.

En ellas se siente las emociones más santas; se aviva y fortalece nuestra fe al contacto de aquellos huesos de los primeros mártires; se vigoriza nuestra piedad y nuestro ánimo en defensa de nuestra fe en Jesucristo, y se acre-

(1) Esta piadosa costumbre aun se conserva hoy. Y por cierto que emociona profundamente, porque nos traslada con el pensamiento a los primeros siglos de la Iglesia de las Catacumbas. Hay Misa solemne, y por la tarde procesión por las galerías subterráneas, iluminadas con los resplandores de las antorchas. A continuación suele dar una conferencia arqueológica algún célebre arqueólogo cristiano.

cienta nuestro amor y nuestra veneración hacia los santos atletas cristianos, que regaron con su sangre fecunda el jardín de la Iglesia Católica. «Roma subterránea — exclama un admirador de las Catacumbas — es una hermosa imagen que nos recuerda la Ciudad cristiana en los primeros tiempos, como la Jerusalén celeste nos trae a la memoria la Ciudad de Dios en la eternidad: La Roma subterránea no es sencillamente una necrópolis para visitarla los curiosos; sino que es toda la Iglesia primitiva, con su vida, sus costumbres, sus ritos, su historia escrita sobre las paredes de sus tumbas». Apesar del cruel Diocleciano, que creyó acabar con el Cristianismo quemando con los cristianos sus casas, sus libros sagrados, sus registros y las actas de sus mártires, nos quedó todavía un libro en las Catacumbas, un libro, cuyas páginas son de piedra, proclamando alta y elocuentemente la memoria e historia que el impío emperador pensó extinguir para siempre.

Quien tenga el consuelo de entrar en estas moradas de los muertos, debiera hacerlo con el mismo respeto y veneración con se está en los sagrados templos porque en ellas vive Dios en los huesos de sus mártires, en ellas se siente a Dios en la fe divina grabada en las galerías interminables, en sus sepúlcros y otros monumentos que son tesoro de valor infinito para el católico sabio y piadoso, ya que todos ellos nos dicen con una sencillez sublime la existencia de los dogmas más consoladores; la fe, la esperanza, el amor hacia el buen Pastor, Salvador de las almas; la creencia en los grandes misterios de la Misa, de la Eucaristía, del Bautismo, la esperanza en la resurrección y en una vida mejor, llena de paz y de felicidad; el culto de la cruz signo adorable de la Redención, el culto de los mártires, de sus tumbas, de sus huesos, de sus imágenes; el culto de las almas santas y la confianza en sus sufragios cerca de Dios en el Paraíso; y, finalmente la fraternidad de los fieles en esta vida y después en la región de los muertos, y la eficacia de la oración de los vivos para aliviar las almas que le fueron queridas mientras vivieron en este valle de lágrimas.

Las Catacumbas son ruinas, como lo son también los Palacios de los Césares, el Foro, el Capitolio las Termas, etc., etc. ¡más qué diferencia de ruinas a ruinas! Unas y otras proclaman elocuentemente grandeza, pero mientras las ruinas paganas nos enseñan a todos la vanidad y la na-

da de todas las grandezas humanas y de todas las magnificencias del más poderoso imperio de la tierra, las ruinas de las Catacumbas y en general, todas las del Cristianismo predicando una fe sobrenatural, una grandeza divina humanizada, una Iglesia militante siempre próxima a sucumbir, pero siempre victoriosa, siempre inmutable y eterna; el triunfo del Cristianismo sobre el paganismo, de Cristo sobre Lucifer. En ningún sitio mejor que en Roma puede uno cantar: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

FR. PEDRO BUENO, O. P.



Suscripción para el altar de Ntra. Sra. de Peña Francia.

Continúa la lista de donativos.

Don Marcial Calama	(Alberca)	. 1,00 ptas.
— José Cereceda	»	. 0 15 —
Doña María Tecla González	»	. 1,00 —
— Martina de Cereceda	»	. 0,10 —
Don Aristides Vicente y esposa	(Cipérez)	. 1,00 —
— José Manuel	(Cabezuela de Salvatierra)	. 1,00 —
— Juan Manuel Blanco y sus tres hijos	(Vecinos)	. 0,75 —
Doña María Martín	(Monforte)	. 1,00 —
— Petra Criado	(Mogarráz)	. 0,50 —
— Juana Calvo	»	. 1,30 —
— Francisca Martín	»	. 0,50 —
— Teresa Puerto	»	. 2,00 —
— Silvestra Crego	(Alberguería)	. 1,00 —
— Sebastiana Grande	(Sandomingo)	. 1,00 —
— Juliana N.	(Sagos)	. 0,50 —
Don Amadeo Hernández	(Rollán)	. 0 25 —
— Florencio González	(Gejo de Mencia)	. 0 25 —
— Aquilino Domínguez	(Santillana del Mar)	. 2,00 —
Doña Elena Vallota	»	. 5,00 —
— Carmen Iglesias	(Salamanca)	. 1,00 —
— Rosa Secall, Vda. de R. Miguel	»	. 1,00 —
— María del Rosario Rodríguez	»	. 1,00 —
R. P. Vicente Beltrán	»	. 5,00 —
Una persona devota	»	. 100,00 —
Don Francisco de Arluciaga	(Bilbao)	. 11,00 —

MISCELANEA

El recuerdo de la primera Misa del Papa.—Una señora americana habiendo oído que Benedicto XV había en su recuerdo de la primera misa impreso una estampa que hacía alusión a su Pontificado deseó propagarla y no pudiendo encontrarla en parte alguna se dirigió al mismo Papa por carta pidiendo le declarase donde podría encontrarlo. El Papa que conservaba una se la entregó y las ha hecho reproducir en varias lenguas; pronto saldrá en español. La estampa representa en la parte baja el mundo con multitud de Iglesias entre las cuales se destaca el Vaticano; en el medio una cruz y junto a ella, en la parte superior, el divino Niño en una cuna de pajas que con la derecha corona de espinas la Cruz y con la izquierda sostiene un cáliz con una hostia de la cual salen rayos que iluminan el Vaticano. Al pie lleva la siguiente inscripción: «Yo estaré con mi Iglesia hasta la consumación de los siglos.—Mi cruz permanecerá levantada para iluminaros y salvaros». Por detrás lleva las siguientes invocaciones en versos latinos compuestos por el Jesuita P. Angelini: Oh Pedro príncipe de los Apóstoles que veneramos en tu Sede de Roma como a quien ilumina las naciones con la luz de la verdad sedme propicio a mi Santiago Della Chiesa (de la Iglesia) alumno del almo Collegio Capranicense que celebó la primera Misa sobre tu altar y sagradas reliquias en este día de Navidad de 1878, enciende más y más mi celo para que mantenga intactos e inviolables los derechos de tu soberanía y rechace con corazón invicto los siniestros asaltos de los enemigos del supremo Pontificado».

«Oh María, Virgen Madre, cuyo rostro recibió las primeras miradas del Niño Jesús y los primeros besos de sus tiernos labios sed propicia conmigo que ofrezco hoy a Dios por primera vez la Hostia celeste. Madre castísima, crezca en mí siempre, por tu intercesión, el amor hacia Ti y hacia tu Hijo, de tal manera que esta llama penetre en las más íntimas fibras de mi corazón».

Tanto la oración como la alegoría parecen una profecía, o al menos, corresponden perfectamente a la realidad.



SECCION DE NOTICIAS

ESPAÑA

Salamanca.—*Sermones.*—Han predicado en nuestra iglesia el P. Secundino Martín, el primer domingo; y P. Pedro Bueno, el tercero.

El señor Bayarri en Salamanca.—Es el señor Bayarri, el constructor del altar para Nuestra Señora de Peña Francia, un excultor inteligente y delicado y un poeta excelso, sembrador de ideas grandes y fecundas, exteriorizadas, ya en sus imágenes y obras escultóricas, ya en sus poemas y libros inspirados.

El señor Bayarri viene a Salamanca para colocar él mismo, el artístico altar que servirá de trono a la Santísima Virgen en su amado Santuario de Peña Francia. Descuidos involuntarios han ocasionado un retraso lamentable en la llegada del altar. Confiamos en que para el 4 de agosto podrán admirarle colocado ya en el Santuario de la Peña, los fieles devotos de la Patrona de la Sierra. ¡Acudid amantes de la Virgen a ofrendar a vuestra protectora en el trono augusto que el inspirado artista labró a la Madre de Dios, y contribuid con vuestro óbolo cristiano para completar la suscripción abierta a este noble fin!

Ordenes sagradas.—El 22 de julio, en la iglesia de Padres Dominicos de San Esteban de Salamanca, recibieron el sagrado Orden del Presbiterado, de manos del señor Obispo de Plasencia, Dr. Regueras, el cual, acompañado de su familiar Dr. Maximiliano Cuesta Vega, nos ha honrado con la estancia de dos días entre nosotros, los Religiosos Fr. Luis Furones, Fr. Pablo Ruano, Fr. Julián Fuente, Fr. Tomás Perancho, Fr. Benigno Rodríguez y Fr. Manuel Cadenas. Y a su vez, recibieron el sagrado Orden del Subdiaconado, Fr. Nicolás Albuerne, Fr. José Lacostena, Fr. Angel Menéndez y Fr. Vicente Fernández.

Tanto a los nuevos sacerdotes como a los nuevos subdiáconos damos la más cordial enhorabuena.

El señor Obispo de Ciudad Rodrigo.—Estuvo entre nosotros, hospedado en el glorioso Convento de PP. Dominicos de Salamanca, el ilustrísimo señor Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo, Dr. Manuel M. Vidal Baullón, Terciario Dominicano, acompañado de uno de sus pajecitos y del Dr. Bernardo Aller Braña, ilustrado profesor del Seminario Compostelano y fervoroso miembro de la tercera familia Dominicana de Santiago de Compostela.

Breve, pero grata, fué la estancia entre nosotros de tan ilus-

tres y amabilísimos señores que se dignaron visitarnos, pues salieron el mismo día por la noche para Galicia.

El Regimiento de Albuera festeja al Apóstol Santiago.—El día 25 de julio, a las diez de la mañana, el bizarro regimiento de Albuera penetra en el suntuoso templo dominicano de San Esteban mandado por el comandante Sr. Pérez de Lucas.

Cuando entró el regimiento de Albuera en el templo, había ya un numeroso concurso de fieles, y los bancos y sillas del presbiterio los ocupaban jefes y oficiales de la guarnición presididos por el bizarro y pundonoroso teniente coronel Sr. Cáceres, a quien Salamanca tanto cariño tiene considerándolo como hijo de esta celebérrima ciudad.

La sagrada cátedra la ocupó el elocuente orador dominico, Reverendo P. Fr. Faustino Fuertes, desarrollando la tesis «el ejército y la Religión, fueron los dos factores de nuestras grandezas patrias.» He aquí el juicio que emitió del discurso del P. Fuertes un periódico de la localidad. «El orador dominico, dice, hizo un portentoso alarde de erudición histórica, para confirmar la proposición de su magistral discurso.

«Todo el elocuentísimo sermón constituyó un canto entusiasta a la Patria, Religión y Ejército; poniendo de relieve los momentos actuales con los pretéritos, para terminar diciendo que España únicamente puede resurgir de su actual decaimiento, animando su conciencia con la práctica de las enseñanzas de Cristo.»

La fiesta resultó brillantísima. Cantó la misa la afamada Capilla de San Esteban y ofició de preste el digno capellán del regimiento de Albuera, don Desiderio Díez.

Nuevo Obispo Dominicano.—Queriendo premiar el Santo Padre los méritos del Reverendísimo P. Tomás Esser, O. P., el cual durante 17 años desempeñó el difícil cargo de *Secretario del Índice*, le ha nombrado recientemente Obispo titular de Sinide. El nuevo Obispo nació en Aquisgrán el 7 de Abril de 1850, y abrazó nuestra Orden en 17 de Enero 1879. Cursó filosofía en el seminario central irlandés de Maynoot, después en la Universidad Católica de Friburgo.

El 22 de enero fué nombrado para suceder al P. Marcelino Cicognani en el oficio de Secretario del Índice. ¡Enhorabuena!



BIBLIOGRAFÍA

El Angel de la niñez. - Devocionario que contiene el modo de oír la Misa, Rosario, Confesión, visita al Simo, Sacramento y otras prácticas y lecturas piadosas. Un tomo de 200 pág; precio 0,40 céntimos. Coruña, Imprenta «La Gutemberg».

El devocionario que firmemente recomendamos a todos y muy particularmente a los párrocos, para premios de las catequesis, responde fielmente a cuanto su título reza. Es un verdadero y seguro guía para los niños, el cual logrará moldear sus juveniles y plásticas almas en las máximas y prácticas piadosas de la religión, preservándoles de la prematura ruina que de continuo les amenaza. Contiene cuanto ha menester el niño cristiano en su formación piadosa, y todo ello le es presentado de la forma más adecuada. La prosa y el verso van entremezclados con gusto que facilita notablemente la retención, y en todas sus páginas se respira un aire de naturalidad encantadora. Es una buena madre que enseña a rezar a su hijo, que pone en sus labios oraciones y jaculatorias, para que se dirija a Dios, a la Virgen y a los Santos.

— Hemos recibido: **Una nueva fiesta cristiana.** - Folleto de propaganda editado por la Junta Central de la *Asociación Nacional de la Buena Prensa*. Contiene todo lo relativo a la nueva fiesta «Día de la Prensa Católica». Es apropiado para distribuirlo entre las personas que han de intervenir en la organización de esta fiesta. Su precio es de 20 céntimos ejemplar. Se halla de venta en San Isidro, 14. Sevilla.

— También ha llegado a nuestra Redacción solicitando cambio el periódico semanal dominicano *Veritas*, órgano de la Coronación de Nuestra Señora del Rosario de Chinquinquirá (Colombia). Agradecemos el envío y establecemos gustosos el canje.



NECROLOGÍA

El día 1.º de Junio, falleció doña Micaela Martín, Maestra de niños de Maíllo. Su entierro fué una verdadera manifestación popular de duelo, al que asistió el pueblo en masa, con su Ayuntamiento e infinidad de forasteros.

El féretro fué llevado por los jóvenes que habían sido sus discípulos, llevando éstos y sus alumnas de flores la caja mortuoria. Aplicaron la Comunión todos ellos el día de los funerales.

Con su muerte pierde el pueblo de Maíllo, además de una Maestra ejemplar, una madre cariñosa, ya que tanto quería y se interesaba por el pueblo, lo que lo hacía acreedora al respeto y consideración de cuantos la trataban y conocían.

Reciba su desconsolado esposo don Silvestre y su hermana doña Oresta el más sentido pésame.